

LA IGLESIA GALLEGA

JOSE FRANCISCO ARMESTO

Don Arturo también pasea, con paso corto, por carreteras y «corderas», como sus predecesores en la tarea pastoral. Lo que ocurre es que don Arturo, además del libro de rezos, a veces lleva a Sartre del brazo, y puesto a recitar, lo hace de memoria con los poemas de Curros, otra, pecaminosa e irreverente. A don Arturo, que anda por los treinta y hace apenas cinco años que fue ordenado sacerdote, le ven de lado sus colegas de arceprestazgo, casi todos barrigudos de aspecto bonachón aunque autoritario. A la hora de bautizarlo, desparraman sobre su cabeza un sinfín de apodos. Los hay más generosos que otros. Pero todos —lo confieso—, malintencionados. Un día llegó a decirse de él, a media voz, por temor a que se enterase, que era del «Ostpolitik» —sinónimo de infierno para ellos— o una de esas «diabluras». El hecho es que don Arturo, en el momento de tratar cualquiera de los temas, se despacha a gusto, con furor, que el furor también es divino, ojo «¿O es que vamos asimismo nosotros a tener miedo a llamarle al pan, pan, y al vino, vino?». Cuando un día dijo esto, se apreció —me cuentan— cierto runrún. «¡Qué cosas!», era a fin de cuentas, la exclamación de los presentes.

Don Arturo y sus colegas de arceprestazgo son ejemplo representativo de la iglesia gallega. En uno se adivinan las virtudes de ese clero nuevo (entre los cincuentones, los hay avanzados, que conste), con corrientes renovadoras; en los otros, no hace falta adivinar —se ve y se palpa—, su sello caciquil o, en casos de bondad extrema, sus ganas de no meterse en líos. «O millor serán non meneallo», me confesaba, patidifuso, anonadado, uno de esos curas, ya entrado en años, cuando se enteró de algunas proposiciones de un grupo de sacerdotes. «Lo nuestro —apostillaba su comentario inicial— es la Iglesia y... pare usted de contar». ¿Lo entienden así todos? Creo que no, está en el ambiente, como reza la populachera canción.

¿Qué ocurre, pues? ¿Hay, acaso, división en la Iglesia de Galicia?

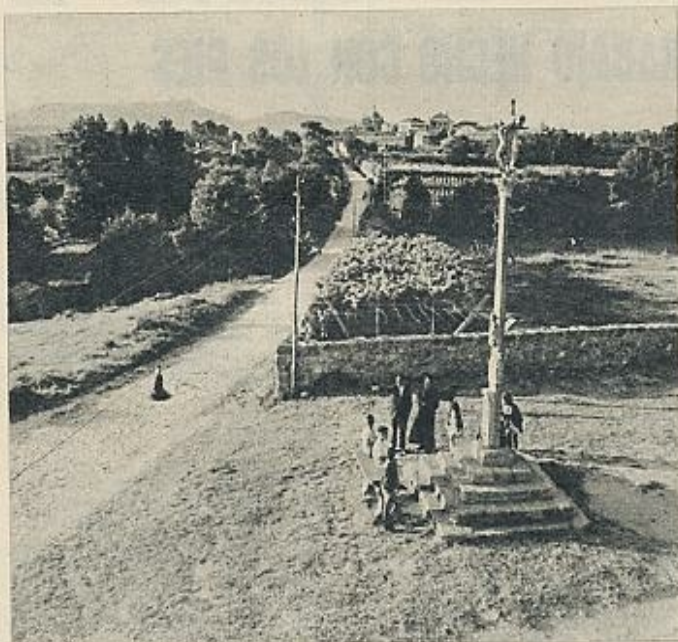
«Pastoral de dominio»

Armando Vázquez, sacerdote y periodista, hizo hace años un interesante y documentado trabajo sobre el particular. Puesto a analizar detenidamente la situación, prefirió desterrar eufemismos y escribir con valentía y crudeza. De entrada, da por sentado que el clero de Galicia «es consciente de haber perdido un tren en marcha». Y como de recuperar el terreno perdido o de limpiar asperezas y espinas antaño plantadas es de lo que se trata, de ahí su conclusión (la de Armando Vázquez) de que frente a la «pastoral de dominio», que hasta el mo-

mento presente nos ha caracterizado, se descubre «una pastoral de búsqueda y servicio».

¿Que Galicia cambia de estructuras? Así es. Ahora estamos intentando —intentando digo— salir de esa parte estrecha del embudo en la que estábamos en materia de comunicaciones; se viene logrando —y en algo se ha conseguido— que la industrialización no sea fenómeno extraño para el gallego, y que tenga que descubrirlo —para muchos fue y es así todavía— cuando deja su resquebrajada casa, en donde no es tan sencillo «ganarse el pan con el sudor de la frente», camino de la tan socorrida emigración a Europa y América. ¿Podía la Iglesia

produciendo por todo el Orbe de una manera extraoficial. «El mundo está loco», era expresión hartas veces manoseada. Pero ahora lo que nos dejaba atrás y muy atrás era el Concilio Vaticano II. Aquí, en donde al cura párroco lo conocían —y aún se conoce en algunos casos— por «o señor abade», expresión con reminiscencias dieciochescas y caciquiles; aquí, en donde el cura en el pueblo representaba algo así como un alcalde de barrio o jefe de tribu (lo han reconocido públicamente y por escrito algunos sacerdotes); aquí, donde muchos oficios divinos adquirían tintes mercantilistas o salpicaduras carnavalescas —Ribarteme, Milagros de Amil...



Justamente cuando los templos no están invadidos es cuando la Iglesia empieza a interesar en conversaciones de amigos, en el bar, en la calle.

mostrarse ajena a ese clima reformador? De continuar en la quietud —en el sopor profundo, más exactamente—, muy malos beneficios iba a proporcionarles.

Intento a nivel jerárquico

La propia jerarquía apreció el problema. Así, el desaparecido cardenal Quiroga Palacios anunciaba en los primeros días del año 1968 la celebración de un concilio a nivel regional. ¿Por qué y para qué? Aunque ambas preguntas no exigían apenas planteamiento (se dan por contestadas de antemano), monseñor Quiroga lo confesaba: «Por nuestras características tan propias y para poner en práctica las normas conciliares». Ya no eran las corrientes renovadoras que se venían

son ejemplos todavía vivientes— lo de Roma producía un «shock» pronunciadísimo. Para más de un cura de aldea, aquello era como empezar de nuevo, o ponerlo en el trance, para ellos demoníaco, de traerle a la memoria a Lutero o Calvino.

—Bueno, don José. Díganos una cosa: los judíos, ¿son o no son buenos?

La pregunta se la formulaban a don José, cura del lugar, varipinta su nariz, como el paisaje, un grupo de paisanos tras la Misa dominguera de las doce. Habían leído una información fechada en Roma, que daba noticias de las actividades conciliares. Don José, con su pastoral absorbente, dominante cuando se refería a los judíos, los pintaba de forma tremebunda. Eran malos, traidores, feos, malolientes... En fin, todos unos «mirlos blancos», pero al

revés. Para él, por eso, la respuesta en tal coyuntura resultaba difícil. No sabía exactamente por dónde salir, qué contestar.

—¿Qué os voy a decir? Veremos lo que manda el señor obispo...

(Los verbos mandar, ordenar, los conjugaban ellos con frecuencia, les era cómodo. Y ya se sabe: si el ordinario del lugar sentenciaba blanco, venga blanco; si, por el contrario, pregonaba negro, ¡negro que te crió y ya está!)

El concilio en cuestión empezó, en efecto, con muy buenas intenciones. Pero los trabajos preparativos todavía continúan. Hay lentitud, mucha lentitud. ¿Habrá algo que la motive? Si usted le formula la pregunta a algún portavoz de esos que se apellidan «autorizados», le dirá que son temas delicados y que no es hora de apresuramientos. Si el portavoz ya no es tan «autorizado» (aunque sí preocupado), le hará conocer una serie de cosas que tienen su «miga». En definitiva, que no es la delicadeza del tema lo que coloca el freno, sino el temor a aborzar, de una manera pública, una serie de cuestiones a las que nadie niega lo problemático.

Los que trabajan marginalmente

Desde hace poco tiempo vienen celebrándose en la región unos «encuentros» en los que participan sacerdotes, religiosos y seglares gallegos. La razón de su existencia no es otra que desenrascarse con todos esos temas, ir «al grano», esta es la justa expresión. Cartas al nuncio sobre nombramiento de obispos, documento de estudio de los problemas de Galicia, homilias sobre la Universidad, emigración, etcétera, fueron, entre otros, los textos emanados de estos «encuentros». Los resultados, aunque los participantes son reacios a hablar en términos tajantes y fríos, hay que darlos como buenos.

Antaño, para el cura gallego, su única preocupación era el obispo de su diócesis, quizá porque, muy dado a concebir órdenes jerárquicas, entendía (y le iba bien así) que era su único jefe el que se hallaba un peldaño más arriba en el escalafón. Cuando se anunciaba la visita pastoral, que se producía de pascuas en viernes, «o señor abade» andaba de coronilla. A los niños de la catequesis se les enseñaba una canción, y de los rincones del templo se sacaba el rosario de telas, que un regimiento de pías arañas habían tejido.

Ahora (y va de cambios), las visitas suelen ser más frecuentes, y aquellos temores desaparecieron. Al obispo se le trata de otra manera: más sincera y familiarmente, y sin esa mentalidad de recluta ante el sargento de semana.

En los «encuentros», la jerarquía ha estado presente. Y todos,



A la lenta evolución de estructuras en Galicia parece corresponder un nuevo clima de la Iglesia en Galicia.

salvo uno, los han visto con buenos ojos. Aconteció que a uno de esos prelados —el nombre no viene al caso— se le ocurrió decir:

—¿No están trabajando para la Iglesia? Pues dejémoslos, que eso siempre es bueno.

Los cinco del báculo

Cinco son los obispos que tiene en la actualidad Galicia; cinco, como sus diócesis. El de Orense, burgalés de cuna, se ha cerrado a cal y canto, y a las propuestas de celebrar «encuentros» en su territorio pastoral —diferenciándose en esto de sus colegas de mitra—; ha dicho no. Pero no quedó así, sino que se produjeron algunas llamadas de atención, por lo que comentan gentes que han seguido de cerca los acontecimientos. Monseñor Temiño es, de puertas adentro (o en zapatillas), de los que se entusiasman con la «Octava palabra» y de los que en todo acto oficial, sea cual fuere, ocupan un lugar que en el protocolo le está reservados. Con los avanzados se muestra intransigente, me dicen.

—«He todo un home de báculo» —sentenciaba, con segundas, uno de esos paisanos gallegos que, apariencias al margen, saben más de lo que uno piensa.

—«Antes do treinta y seis —te suelta autobiografiándose— prometía moito, sabe».

Le dice a uno esto, por si acaso. Y se queda tan campante, continuando su conversación de curas, que «aínda que me chaman ateo é o meu», te repite cada dos por tres.

Entre los prelados, el envés de monseñor Temiño es Miguel Angel Araujo, titular de la diócesis de Mondoñedo (El Ferrol). Desde su elevación episcopal, tuvo problemas, y serios, en casos. Los textos consagradorios no «ca-

yeron» muy bien en significados sectores, eclesíásticos incluso. Dígase —y se entenderá gran parte— que monseñor Araujo era canónigo en Orense y fue consagrado precisamente en tal catedral. Entonces, el prelado mindonienense —pensando, amén como pastor, como buen gallego— llegó a su capital episcopal y dijo, ni más ni menos:

«Dios me envió a predicar a los pobres la buena nueva, a los presos, la libertad, y a los arrepentidos, el perdón».

Aquello, para los bonachones y píos barrigudos y para más de un seglar acomodado —los del... «¡si supieran estos jóvenes!»— no sólo sabe Dios, o el Demonio, a qué... Pero repasando los textos sagrados se dará uno cuenta en seguida que lo recitado por el obispo «de la nueva ola», que algunos dicen que no era, ni más ni menos que lo predicado por Isaías y, más tarde, por Jesucristo en la sinagoga de Cafarnaúm.

El gran esperado

Vacante la archidiócesis de Santiago —monseñor Cerviño es el

obispo-vicario capitular—, los rumores acerca de la persona que va a ocupar la vacante de la capitalidad del episcopado gallego son numerosísimos. Dos nombres en el primer «round» sonaron con mucha fuerza: Guerra Campos y Romero de Lema. Pero los juicios extremos en torno a uno y a otro parecen haberlos dejado, al menos temporalmente, en «las cuerdas». Guerra, gallego como Romero, tiene su grupo de fieles y apasionadísimos seguidores entre esos sacerdotes «camp». Montalbán se refería hace días al fenómeno de que existe quien sigue sus charlas televisivas de rodillas. En varios puntos de la geografía gallega, precisamente a esa hora en que rumores viejos nos hablan de brujas y demás parentela, estoy convencido de que el hecho comentado nada tiene de ficticio y sí mucho de realidad.

Olvidados por mor de esos «dimes» y «diretes», surgió en escena un nuevo nombre, el de José Delicado Baeza, un curita pelirrojo, del que por Almansa (Albacete), su tierra natal, decían ya a edad temprana que llegaría lejos. El doctor Delicado, que aprende a buen ritmo la lengua de Rosalía —y ofició en tal idioma—, pa-

recía ser la solución intermedia. Pero puestos a acercarlo, estaba y está en la línea de Romero.

A un tanto por ciento muy elevado de sacerdotes gallegos —a la mayoría de los nuevos, por descontado—, si les preguntan por la persona que les gustaría ocupase la sede jacobea, en seguida contestarían que monseñor Araujo. Es también de los de «al pan, pan, y al vino, vino». En Mondoñedo, pese a que la figura del párroco está estrechamente vinculada al conflicto de los foros, se le quiere enormemente. Y en El Ferrol, pare usted de contar. Los obreros, hasta los más fríos en materia religiosa, dicen de él «mi» obispo. Con sus visitas, con sus pastorales, con su sola presencia, se los ha metido en un puño.

Aseguran los allegados a la Curia, que el concilio de Galicia, para ir adelante necesita de un arzobispo. «Mientras tanto, palabras, comunicaciones, sesiones de trabajo... todo lo que usted quiera, pero nada más», me dijo persona que conoce al dedillo todo lo tratado hasta ahora.

Y en la calle, ¿qué?

Y después de todo cabe preguntarse por lo que se dice de templos y de vicaría afuera. ¿Interesan o no todas estas cuestiones? Antes del «boom» renovador, nada. Para el hombre de la calle tenía todos los caracteres de guerra perdida. Peyorativamente, y así a todas horas, se solía decir: «Este vive como un cura», y punto y aparte. Sin embargo, justamente cuando los templos no están invadidos, en estos momentos precisos, es cuando la Iglesia empieza a interesar, de aquí que frecuentemente oiga uno preguntar en conversación de amigos, o en el bar, o en la calle: «¿Y del concilio, que?» Eso, amigo mío, quisiéramos saber todos.

LOS PRELADOS DE GALICIA

Nombre	F. nacimiento	Diócesis	Origen
Antonio Ona de Echave	1905	Lugo	Navarro
Angel Temiño Saiz	1910	Orense	Burgalés
José Cerviño Cerviño	1920	Santiago	Pontevedrés
Miguel A. Araujo Iglesias	1920	Mondoñedo	Orensano
José Delicado Baeza	1927	Tuy-Vigo	Albaceteño

LOS PRIMEROS ASPIRANTES A ARZOBISPO

Nombre	F. nacimiento	Diócesis	Origen
Maximino Romero de Lema ...	1911	Avila	Coruñés
José Guerra Campos	1920	—	Coruñés